

Ransom Riggs

EL HOGAR DE
MISS PEREGRINE
===== PARA =====
NIÑOS PECULIARES
===== 2 =====

LA CIUDAD DESOLADA

Traducción de Isabel Murillo



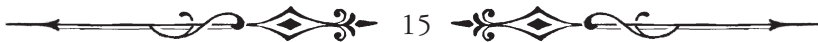
PRIMERA PARTE



UNO

Cruzamos el puerto a remo, pasamos junto a embarcaciones que se balanceaban al son de las olas, supurando herrumbre entre las juntas, por delante de jurados de silenciosas aves marinas perchadas en lo alto de los restos de embarcaderos casi sumergidos y cubiertos de percebes, por delante de pescadores que abandonaban sus redes para mirarnos glacialmente a nuestro paso, sin saber muy bien si éramos reales o imaginarios; una procesión de fantasmas desfilando por el agua, o de futuros fantasmas. Éramos diez niños y un pájaro a bordo de tres inestables barquitas, remando con silenciosa intensidad hacia mar abierto, el único puerto seguro en muchos kilómetros a la redonda alejándose con rapidez a nuestras espaldas, agreste y mágico, bajo la luz azul dorada del amanecer. Nuestro objetivo, la tortuosa costa de Gales, estaba en algún lugar delante de nosotros pero apenas era visible, un borrón de tinta acuclillado en el lejano horizonte.

Pasamos frente al viejo faro, plácido en la distancia, escenario de tanto dolor la noche anterior. Era allí donde, con las bombas explotando sin cesar a nuestro alrededor, habíamos estado a punto de hundirnos, a punto de ser destrozados por las balas; donde había cogido una pistola, apretado el gatillo y matado a un hombre, un acto todavía incomprensible para mí; donde habíamos perdido a





cuando levantaba la vista del mapa para escudriñar el horizonte, y solo ver su cara iluminada por el sol me daba una energía que ni siquiera sabía que poseía.

Tenía la sensación de poder remar eternamente, hasta que Horace gritó desde una de las otras barcas para preguntar cuánto océano quedaba entre el punto donde nos encontrábamos y tierra firme. Emma miró entonces en dirección a la isla con los ojos entrecerrados y bajó a continuación la cabeza para estudiar el mapa y tomar medidas con la mano extendida. Respondió dubitativa:

—¿Siete kilómetros? —Pero Millard, que iba también en nuestra barca, le murmuró alguna cosa al oído. Emma puso mala cara, giró el mapa y frunció el entrecejo. Entonces dijo—: Ocho y medio, quería decir.

Cuando aquellas palabras salieron de su boca, me desanimé un poco, y vi que los demás también.

Ocho kilómetros y medio: un viaje que en el mareante transbordador que me había llevado hasta Cairnholm hacía unas semanas había sido de una hora. Una distancia que se cubría sin problemas con una embarcación a motor de cualquier tamaño. Un kilómetro y medio menos de lo que mis tíos en baja forma corrían con fines benéficos algún que otro fin de semana y solo unos cuantos más de los que mi madre presumía hacer en la máquina de remar de su elegante gimnasio. Pero el transbordador entre la isla y tierra firme no empezaría a estar de nuevo operativo hasta dentro de treinta años, y las máquinas de remar no iban cargadas de pasajeros y equipaje, ni tampoco requerían constantes correcciones para mantener el rumbo adecuado. Peor aún, el canal marítimo que estábamos cruzando era traicionero, famoso por haber engullido

montones de barcos: ocho kilómetros y medio de mar temperamental y de humor cambiante, su lecho repleto de verdosos restos de naufragios y huesos de marineros y, acechando en la impenetrable y profunda oscuridad, nuestros enemigos.

Los que estábamos preocupados por este tipo de cosas dábamos por sentado que los wights estaban cerca, por debajo de nosotros en el interior de aquel submarino alemán, a la espera. Si no se habían enterado todavía de que habíamos huido de la isla, no tardarían en descubrirlo. Era evidente que no habían hecho lo imposible por secuestrar a Miss Peregrine para luego claudicar tras un solo intento fallido. Los barcos de guerra que se desplazaban como lentos ciempiés en la lontananza y los aviones británicos que montaban guardia desde arriba hacían que fuera muy peligroso para el submarino emerger a superficie a plena luz de día, pero en cuanto cayera la noche, nos convertiríamos en presa fácil. Vendrían a por nosotros, se llevarían a Miss Peregrine y ahogarían al resto. De modo que seguimos remando; nuestra única esperanza de alcanzar tierra firme antes de que nos atrapara la noche.

Remamos hasta que nos dolieron los brazos y se nos agarrotó la espalda. Remamos hasta que la brisa matutina se calmó y el sol empezó a calentar como si lo hiciera a través de una lupa. El sudor se acumuló en el cuello de las camisas y caí en la cuenta de que nadie había pensado en cargar con agua fresca y que, en 1940, la protección solar se traducía en quedarse a la sombra. Remamos hasta que la piel empezó a desprenderse de las palmas de las manos y comprendimos que no podíamos dar ni una sola palada más, pero la dimos, y luego otra, y otra.



—Estás sudando a chorros —dijo Emma—. Deja que me ponga yo a los remos antes de que te fundas.

Su voz me despertó del atontamiento. Moví la cabeza en un gesto de agradecimiento y permití que se instalase en el bancal del remero, pero veinte minutos más tarde le pedí que me dejara ocupar de nuevo mi puesto. No me gustaban los pensamientos que me venían a la cabeza mientras el cuerpo estaba en reposo: escenas imaginarias de mi padre al despertarse y descubrir que había desaparecido de Cairnholm, la desconcertante carta de Emma ocupando mi lugar, el pánico que aquello provocaría. Fogonazos de recuerdos de cosas terribles que había presenciado últimamente: un monstruo tirando de mí para atraparme entre sus mandíbulas, mi psiquiatra cayendo muerto, un hombre enterrado en un ataúd de hielo y separado de forma momentánea del otro mundo para hablarme al oído en un ronco susurro. De manera que seguí remando a pesar del agotamiento, de una espalda que parecía que no iba a volver a enderezarse nunca más y de unas manos en carne viva por la fricción, e intenté no pensar en nada en absoluto; aquellos remos de plomo eran una condena a cadena perpetua y un bote salvavidas a la vez.

Bronwyn, al parecer inagotable, remaba sin ninguna ayuda en una de las barcas. Olive estaba sentada delante de ella, pero no podía ayudarla; a la diminuta niña le resultaba imposible tirar de los remos sin salir volando por los aires, donde cualquier ráfaga de viento la izaría como una cometa. De modo que Olive se limitaba a dar gritos de aliento mientras Bronwyn hacía el trabajo de dos... o de tres o cuatro, teniendo en cuenta las maletas y las cajas que cargaba su bote, llenas a rebosar de ropa, comida, mapas, libros y también de cosas mucho menos prácticas, como los diversos tarros

con corazones de reptil que contenía la mochila de Enoch; o el pomo de la puerta de casa de Miss Peregrine, un recuerdo que Hugh había encontrado tirado en la hierba cuando íbamos de camino a los botes y que al instante había decidido que no podía vivir sin él; o la voluminosa almohada que Horace había rescatado del esqueleto en llamas de la casa, su almohada de la suerte, decía, y lo único que mantenía a raya sus paralizantes pesadillas.

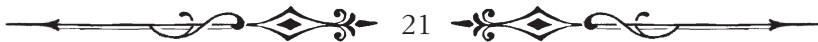
Había otros objetos que les resultaban tan valiosos que los niños seguían aferrados a ellos aun remando. Fiona sujetaba entre las rodillas una maceta con tierra de jardín llena de gusanos. Millard se había pintado la cara a rayas con un puñado de polvo de ladrillo pulverizado por las bombas, un gesto curioso que por lo visto formaba parte de un ritual de duelo. Y aunque las cosas que habían decidido conservar pudieran parecer raras, una parte de mí lo comprendía: era todo lo que les quedaba de su casa. Que supieran que la habían perdido no significaba que supieran cómo desprenderse de ella.

Después de tres horas de remar como esclavos en las galeras, la distancia había encogido la isla hasta dejarla del tamaño de un palmo. No se asemejaba en nada a la fatídica fortaleza de acantilados que había vislumbrado por vez primera hacía escasas semanas; ahora parecía frágil, un fragmento de piedra en peligro de acabar barrido por las olas.

—¡Mirad! —gritó Enoch, poniéndose en pie en el bote contiguo al nuestro—. ¡Está desapareciendo!

Una niebla espectral había engullido la isla, borrándola casi del paisaje, y dejamos de remar un momento para verla esfumarse por completo.

—Despedíos de nuestra isla —dijo Emma, incorporándose



loriéndose hasta quedar reducido a una florescencia de apagada luz blanca, y empezamos a dar vueltas en círculo entre los remolinos de la marea hasta perder por completo el sentido de la orientación. Finalmente decidimos parar, dejar descansar los remos y esperar, hastiados, confiando en que la bruma se levantara; no tenía sentido seguir adelante.

—Esto no me gusta —dijo Bronwyn—. Si tenemos que esperar mucho, anochecerá y nos veremos obligados a enfrentarnos a cosas peores que el mal tiempo.

Entonces, como si la climatología hubiese oído a Bronwyn y decidido ponernos en el lugar que nos correspondía, el tiempo se volvió malo de verdad. El viento empezó a soplar con fuerza y en cuestión de un momento nuestro universo se transformó. Olas con crestas de espuma blanca azotaban el casco de las embarcaciones y derramaban agua gélida a nuestros pies. Luego llegó la lluvia, sus gotas taladrándonos la piel como balines. Al poco rato, nos zaran-deábamos como juguetes de goma en una bañera.

—¡Dirigid la proa contra las olas! —gritó Bronwyn, cortando el agua con los remos—. ¡Si nos cogen de costado zozobraremos! —Pero los niños estaban tan cansados, en su mayoría, que si apenas conseguían remar en aguas serenas, mucho menos podían hacerlo en un mar en ebullición, y el resto tenían tanto miedo que no podían ni asir los remos y acabaron aferrándose con desesperación a la regala.

Un auténtico muro de agua avanzaba hacia nosotros. Ascendimos la gigantesca ola, la barca haciendo la vertical bajo nosotros. Emma me abrazó y yo lo hice al escámo; detrás, Hugh se agarró al asiento enlazándolo con ambos brazos. Coronamos la ola como si fuese una montaña rusa, noté el estómago cayéndome a los pies, y



descendimos velozmente por el otro lado. Todo lo que no estaba sujeto —el mapa de Emma, la mochila de Hugh, la maleta roja con ruedecillas que cargaba conmigo desde Florida— salió volando por encima de nuestras cabezas y fue a parar al agua.

No había tiempo para preocuparse por lo perdido, puesto que de entrada no veíamos ni siquiera las demás barcas. Cuando la quilla recuperó el equilibrio, forzamos la vista para vislumbrar el interior de aquel remolino y gritamos los nombres de nuestros amigos. El silencio que siguió hasta que oímos voces respondiéndonos y vimos la barca de Enoch aparecer entre la niebla, con sus cuatro pasajeros a bordo agitando los brazos, fue terrible.

—¿Estáis bien?! —grité.

—¡Aquí! —chillaron ellos—. ¡Mirad hacia aquí!

Vi que nos hacían señas con la mano, pero dirigiendo nuestra atención hacia algo que había en el agua, a unos treinta metros de distancia: el casco de un bote zozobrado.

—¡Es la barca de Bronwyn y Olive! —gritó Emma.

Estaba boca abajo, el fondo oxidado mirando el cielo. No había ni rastro de las niñas.

—¡Tenemos que acercarnos más! —gritó Hugh, y olvidando por completo el agotamiento, cogimos los remos y avanzamos hacia allí, gritando sus nombres contra el viento.

Remamos entre la marea de prendas que emergía de las maletas abiertas, los vestidos arremolinados cobrando el aspecto de niñas ahogadas. El corazón me latía con fuerza, y a pesar de que estaba empapado, apenas sentía el frío. Nos reencontramos con la barca de Enoch al alcanzar el casco de la que capitaneara Bronwyn y, juntos, inspeccionamos el agua.

—¿Dónde están? —gimoteó Horace—. Si las hemos perdido...

—¡Debajo! —exclamó Emma, señalando el casco—. ¡Tal vez han quedado atrapadas debajo!

Tiré de uno de los remos para sacarlo de su sujeción y golpeé el casco.

—¡Si estáis ahí debajo, salid nadando! —grité—. ¡Os rescataremos!

Durante un instante terrible no hubo respuesta y sentí desvanecerse todas mis esperanzas de recuperarlas. Pero entonces se oyeron unos golpes en el interior de la barca y, acto seguido, un puño atravesó el casco, proyectando miles de astillas y sorprendiéndonos a todos.

—¡Es Bronwyn! —exclamó Emma—. ¡Están vivas!

Con unos golpes más, Bronwyn consiguió abrir en el casco un agujero por el que podía pasar. Le alargué el remo y lo cogió, y tirando junto con Hugh y Emma, conseguimos arrastrarla por las aguas agitadas y encaramarla a la barca mientras la suya se hundía y se esfumaba bajo el mar. Estaba presa del pánico, histérica, gritando con unas fuerzas que no podía desperdiciar. Gritando por Olive, que no estaba bajo el casco con ella. Seguía desaparecida.

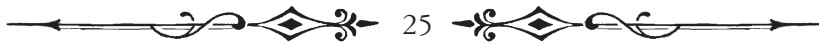
—Olive... tenemos que encontrar a Olive —farfulló Bronwyn en cuanto se derrumbó en nuestro bote. Estaba temblando y tosía con fuerza para expulsar el agua que había tragado. Se incorporó enseguida y señaló hacia un punto en medio de la tempestad—. ¡Allí! —chilló—. ¿La veis?

Me protegí los ojos de los agujonazos de la lluvia y miré, pero solo distinguía olas y niebla.

—¡No veo nada!

—¡Está allí! —insistió Bronwyn—. ¡El cabo!

Entonces vi lo que señalaba: no una niña debatiéndose en el



océano, sino un amasijo de cáñamo tejido apenas visible entre todo aquel caos. Un tenso cabo marrón emergía del agua para desaparecer en la niebla. Olive debía de estar unida al otro extremo, invisible para nosotros.

Remamos hacia el cabo y Bronwyn empezó a recogerlo y, en cuestión de un minuto, Olive apareció entre la niebla flotando por encima de nuestras cabezas con un extremo anudado a la cintura. Había perdido los zapatos al volcar la barca, pero Bronwyn la había atado al cabo del ancla, cuyo extremo debía de reposar ahora en el fondo del mar. De no ser por esto, ahora estaría perdida entre las nubes. Olive se agarró a Bronwyn, uniendo las manos por detrás de su nuca, y gritó:

—¡Me has salvado, me has salvado!

Se abrazaron, y viéndolas se me hizo un nudo en la garganta.

—Pero no estamos todavía fuera de peligro —dijo Bronwyn—. Tenemos que alcanzar la costa antes de que anochezca o nuestros problemas no habrán hecho más que empezar.

La tempestad se había debilitado algo y los violentos golpes de mar empezaban a amortiguarse, pero la idea de dar una palada más, aun en aguas perfectamente tranquilas, era inimaginable. No habíamos recorrido ni siquiera la mitad del trayecto y estábamos desesperadamente agotados. Las punzadas de dolor que sentía en las manos eran terribles. Mis brazos parecían troncos de árbol. No solo eso, sino que el interminable balanceo de la barca estaba causando innegables efectos en mi estómago... y a juzgar por el color verdoso de la cara de los demás, no era el único que se sentía así.

—Descansaremos un poco —dijo Emma, intentando animar-

nos—. Descansaremos y achicaremos agua hasta que se levante la niebla...

—Este tipo de niebla tiene mentalidad propia —observó Enoch—. Puede pasarse días estancada. Oscurecerá en pocas horas, y en lo único que podremos confiar entonces es en sobrevivir hasta la mañana sin que los wights nos descubran. Estaremos del todo indefensos.

—Y sin agua —apuntó Hugh.

—Ni comida —añadió Millard.

Olive levantó los brazos y dijo:

—Yo sé dónde está.

—¿Dónde está el qué? —cuestionó Emma.

—La costa. La he visto cuando estaba allá arriba, sujeta a la cuerda. —En su ascenso, Olive había superado la niebla, explicó, y por un momento había disfrutado de una clara visión de tierra firme.

—Para lo que nos va a servir... —murmuró Enoch—. Desde que has bajado de allí, hemos dado vueltas en círculo al menos media docena de veces.

—Pues volved a subirme.

—¿Estás segura de lo que dices? —le preguntó Emma—. Es peligroso. ¿Y si te pilla una ráfaga de viento o se rompe la cuerda?

La expresión de Olive dejó patente su resolución.

—Subidme —insistió.

—Cuando se pone así, no hay manera de hacerla entrar en razón —les recordó Emma—. Coge la cuerda, Bronwyn.

—Eres la niña más valiente que he conocido en mi vida —dijo Bronwyn, y se puso manos a la obra. Tiró del ancla para sacarla del agua y subirla a bordo, y con el largo sobrante, unimos las dos bar-



DOS

Los cascos gemelos de las barcas se detuvieron sobre un fondo rocoso al alcanzar aguas poco profundas. Llegamos a tierra firme justo en el momento en que el sol empezaba a esfumarse por detrás de hectáreas de nubes grises, cuando debía de faltar aproximadamente una hora para que fuera noche cerrada. La playa era un bancal pedregoso cubierto de desechos abandonados por la marea baja, aunque me pareció bellísima, más bella que cualquier playa turística de arenas achampañadas que pudiera haber en mi país. Significaba que lo habíamos conseguido. Aunque, la verdad, no sabía qué podía significar aquello para mis compañeros; ellos no habían salido de Cairnholm desde hacía una eternidad y ahora miraban a su alrededor maravillados, perplejos por seguir con vida y preguntándose qué hacer a continuación.

Salimos tambaleándonos de las barcas, nuestras piernas hechas de goma. Fiona se llevó a la boca un puñado de guijarros limosos y los relamió con afán, como si necesitara de sus cinco sentidos para convencerse de que no estaba soñando, igual que me sucedió a mí en el bucle de Miss Peregrine al principio. Jamás en toda mi vida había desconfiado tanto de lo que veían mis ojos. Bronwyn gruñó y se derrumbó en el suelo, inenarrablemente exhausta. La rodeamos alborozados, colmándola de muestras de agradecimiento por

lo que había hecho, pero era una situación incómoda: nuestra deuda con ella era enorme y la palabra «gracias» resultaba minúscula en comparación. Bronwyn intentó restarle importancia, pero estaba tan cansada que apenas podía levantar la mano para ahuyentarnos. Emma y los chicos recogieron la cuerda para bajar a Olive.

—¡Estás completamente azul! —exclamó Emma cuando aquella apareció entre la niebla. Corrió a abrazar a la niña. Olive estaba empapada y congelada, los dientes le castañeteaban. No teníamos mantas, ni siquiera un pedazo de tela seca que darle, de manera que Emma la acarició con sus manos siempre ardientes hasta que amainaron los temblores, y pidió a Fiona y a Horace que, entretanto, reunieran madera de deriva para encender un fuego. Mientras esperábamos a que volvieran, nos acercamos a las barcas para hacer inventario de las pérdidas. El resultado fue desastroso. Prácticamente todo lo que habíamos llevado con nosotros reposaba ahora en el fondo del mar.

Solo quedaba la ropa que llevábamos puesta, una pequeña cantidad de comida en latas oxidadas y el gigantesco baúl de Bronwyn, indestructible y, por lo visto, insumergible también, y tan absurdamente pesado que solo ella podía cargarlo. Abrimos los cierres metálicos, ansiosos por encontrar alguna cosa útil en su interior, o mejor aún, comestible, pero contenía tan solo una colección de relatos en tres volúmenes titulada *Cuentos de lo peculiar*, sus páginas esponjosas por el agua filtrada, y una elegante alfombrilla de baño bordada con las letras «ALP», las iniciales de Miss Peregrine.

—Oh, muchísimas gracias. Es una suerte que alguien se acordara de la alfombrilla —dijo Enoch con humor socarrón—. Estamos salvados.

Todo lo demás se había perdido, incluyendo los dos mapas: el



ber hasta qué punto nos habíamos desviado de la ruta inicial. No se veían carreteras, ni letrero alguno, ni siquiera senderos. Solo naturaleza.

Era evidente que en realidad no necesitábamos ningún mapa, ni ningún letrero, ni nada de ese estilo. Necesitábamos a Miss Peregrine —entera, sana—, la Miss Peregrine que sabría exactamente adónde ir y cómo llegar hasta allí sanos y salvos. Pero la que teníamos posada ante nosotros sobre una piedra, agitando las plumas para secarse, estaba tan rota como su mutilada ala, que colgaba hacia abajo formando una alarmante V. Sabía que a los niños les dolía verla en aquel estado. Era como su madre, su protectora. Había sido la reina de un pequeño mundo concentrado en una isla, pero ahora no podía hablar, ni manipular el tiempo, ni siquiera podía volar. Los niños la miraban, esbozaban una mueca de dolor y apartaban la vista.

Miss Peregrine tenía los ojos fijos en el mar plomizo. Su mirada era dura, negra, rebosaba una tristeza terrible.

Parecía querer decir: «Os he fallado».

Horace y Fiona avanzaban hacia nosotros por la arena pedregosa; el viento mecía el cabello de Fiona hasta transformarlo en un nubarrón de tormenta, Horace daba brincos y sujetaba los laterales de su sombrero de copa para que no marchara volando. Había conseguido conservarlo durante el casi desastre que habíamos vivido en alta mar, aunque se ladeaba sobre su cabeza como un tubo de escape doblado. Pero se negaba a desprenderse de él; era lo único, afirmaba, que casaba con su sucio y empapado traje de corte exquisito.



que se trataba de un par de zepelines de pequeño tamaño: sacos negros ovoides de gas con cestas esqueléticas colgando debajo y ocupadas por un único piloto. Las aeronaves eran de tamaño reducido y volaban bajo, se deslizaban de un lado a otro en perezoso zigzag y el ruido de las olas camuflaba el sutil zumbido de sus propulsores. Emma nos guio hacia la hierba alta y nos echamos al suelo para pasar desapercibidos.

—Son cazadores de submarinos —dijo Enoch, respondiendo a la pregunta antes de que cualquiera de nosotros la formulara. Tal vez Millard fuera una autoridad en lo que a mapas y libros se refería, pero Enoch era un experto en temas militares—. La mejor manera de detectar submarinos enemigos es desde el cielo —explicó.

—Y entonces ¿por qué vuelan tan cerca del suelo? —pregunté—. ¿Y por qué no lo hacen sobre mar abierto?

—Eso no lo sé.

—¿Crees que podrían estar... buscándonos? —se atrevió a preguntar Horace.

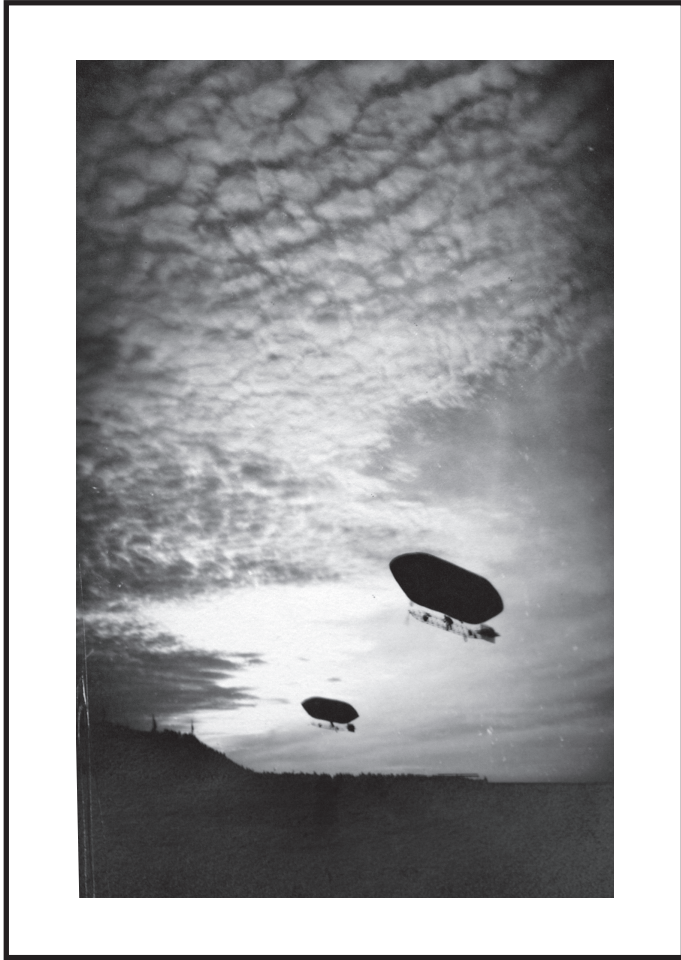
—Si te refieres a que podrían ser wights —respondió Hugh—, estás chalado. Los wights van con los alemanes. Están a bordo de ese submarino alemán.

—Los wights se alían con quienquiera que le interese aliarse —replicó Millard—. No tenemos motivos para pensar que no posean organizaciones infiltradas en ambos bandos.

Me resultaba imposible apartar la vista de los extraños artilugios que surcaban el cielo. Tenían un aspecto antinatural, parecían insectos mecánicos rellenos de huevos tumorales.

—No me gusta lo que hacen —dijo Enoch, haciendo cálculos tras su aguda observación—. Están buscando por la costa, no por el mar.





pequeños la figura de una madre, más incluso que Miss Peregrine. Era Bronwyn quien los arropaba por las noches, Bronwyn quien les leía cuentos y les daba un beso en la frente. Sus fuertes brazos los acogían con calidez, sus anchos hombros los protegían. Pero ahora no era momento de cuentos... y así se lo hizo saber.

—Sí que lo es —replicó Enoch con cantarín sarcasmo—. Pero por una vez que no sea de los *Cuentos* y que sea la historia de cómo los pupilos de Miss Peregrine consiguieron llegar sanos y salvos a tierra firme sin mapa ni comida y sin ser devorados por los espíritus huecos. Siempre me gusta escuchar cómo termina esa historia.

—Ojalá pudiera contárnosla Miss Peregrine —dijo Claire lloriqueando. Se separó de Bronwyn y se acercó al pájaro, que había estado observándonos perchado sobre la quilla de uno de los botes—. ¿Qué tenemos que hacer, directora? —le preguntó—. Por favor, vuelva a convertirse en humana. ¡Despierte, por favor!

Mis Peregrine arrulló y acarició con el ala el cabello de Claire. Se le sumó Olive, la cara surcada de lágrimas.

—¡La necesitamos, Miss Peregrine! Estamos perdidos y en peligro, cada vez más hambrientos, y ya no tenemos casa ni amigos. ¡Solo nos tenemos a nosotros y la necesitamos!

Los ojos negros de Miss Peregrine brillaron con intensidad. Pero se dio la vuelta, inalcanzable.

Bronwyn se arrodilló al lado de las niñas.

—En estos momentos no puede regresar, pequeñas. Pero la curaremos, os lo prometo.

—Pero ¿cómo? —quiso saber Olive. La pregunta rebotó en las paredes de piedra, cuyo eco la formuló una y otra vez.

Emma se levantó.

—Yo os diré cómo —declaró, y todas las miradas se fijaron en



ella—. Caminaremos. —Lo dijo con tanta convicción que sentí un escalofrío—. Caminaremos y caminaremos hasta que encontremos un pueblo.

—¿Y si no hay ningún pueblo en cincuenta kilómetros a la redonda? —preguntó Enoch.

—Pues entonces caminaremos cincuenta y un kilómetros. Pero sé que no podemos habernos alejado tanto de nuestro rumbo.

—¿Y si los wights nos descubren desde el aire? —inquirió Hugh.

—No lo harán. Iremos con cuidado.

—¿Y si están esperándonos en ese pueblo? —apuntó Horace.

—Fingiremos ser normales. Colará.

—Nunca fui muy bueno en eso —repuso Millard, riendo.

—A ti no te verán, Mill. Serás nuestra avanzadilla y el responsable de procurarnos en secreto todo lo que necesitemos.

—Soy un ladrón con mucho talento —afirmó orgulloso—. Un verdadero maestro de las artes de cinco dedos.

—¿Y después qué? —murmuró con amargura Enoch—. Tal vez consigamos llenar el estómago y demos con un lugar caliente donde poder dormir, pero continuaremos estando a la intemperie, al descubierto, vulnerables, sin bucle... y Miss Peregrine seguirá... seguirá...

—Conseguiremos encontrar un bucle —le aseguró Emma—. Existen puntos de referencia y señales para los que saben lo que buscan. Y si no los hay, encontraremos a alguien como nosotros, alguien peculiar que nos indique dónde está el bucle más cercano. Y en ese bucle habrá un ymbryne, y ese ymbryne podrá proporcionarle a Miss Peregrine la ayuda que necesita.

Jamás había conocido a nadie con una confianza tan temeraria como Emma. La exudaba por todos lados: su manera de moverse,

siempre con la espalda erguida; su forma de apretar los dientes cuando tomaba una decisión; su manera de acabar las frases con un punto de exclamación, nunca de interrogación. Resultaba contagioso y me encantaba, y me vi obligado a combatir un deseo repentino de besarla allí mismo, delante de todo el mundo.

Hugh tosió y las abejas que salieron de su boca formaron un interrogante que se quedó flotando en el aire.

—¿Cómo puedes estar tan rematadamente segura? —preguntó.

—Porque lo estoy, y ya está. —Y se frotó las manos como dando por zanjado el tema.

—Has hecho un discurso enardecedor estupendo —intervino Millard—, y odio tener que estropearlo, pero por lo que sabemos, Miss Peregrine es la única ymbryne que no ha sido capturada. Recuerda lo que nos conto Miss Avocet: los wights llevan semanas haciendo redadas en los bucles y secuestrando ymbrynes. Lo que significa que aun en el caso de que encontráramos un bucle, no habría manera de saber si tiene todavía su ymbryne o si está ocupado por nuestros enemigos. No podemos ir llamando a puertas y esperando que no estén repletos de wights.

—O rodeados de huecos muertos de hambre —añadió Enoch.

—No tendremos que esperar nada —afirmó Emma, y sonrió, mirándome—. Jacob nos lo dirá.

Me quedé frío.

—¿Yo?

—Tú intuyes los huecos desde lejos, ¿no es así? —preguntó Emma—. Además de verlos.

—Cuando están cerca, tengo la sensación de que voy a vomitar —reconocí.

—¿Y cuán cerca tienen que estar? —quiso saber Millard—. Si

es solo unos metros, seguiríamos estando a su alcance y nos devorarían. Necesitamos que los intuyas a mucha más distancia.

—Nunca lo he calculado —dije—. Todo esto es muy nuevo para mí.

Solo había estado expuesto a Malthus, el hueco del doctor Golan, la criatura que había matado a mi abuelo y que había estado a punto de ahogarme en la ciénaga de Cairnholm. ¿A qué distancia debía de estar cuando me di cuenta de que me perseguía, de que me acechaba desde el exterior de mi casa en Englewood? Era imposible saberlo.

—Pero, de todos modos, siempre es posible desarrollar el talento —continuó Millard—. Las peculiaridades son un poco como los músculos: cuánto más las ejercitas, más se desarrollan.

—Esto es una locura —replicó Enoch—. ¿De verdad estáis tan desesperados como para apostar todo a su carta? No es más que un niño, un normal vulnerable que no sabe nada sobre nuestro mundo.

—No es normal —repuso Emma, haciendo una mueca como si aquello fuera el insulto más grave que se pudiera proferir—. ¡Es uno de los nuestros!

—¡Tonterías y memeces! —exclamó Enoch—. Que tenga una gota de sangre peculiar en sus venas no lo convierte en mi hermano. ¡Y mucho menos en mi protector! No sabemos de lo que es capaz. Lo más seguro es que ni siquiera logre distinguir el dolor que le puedan provocar unos gases de la sensación de tener un hueco a cincuenta metros.

—Mató a uno de ellos, ¿o no? —intervino Bronwyn—. Le clavó unas tijeras de esquilar entre los ojos. ¿Cuándo fue la última vez que oíste que un peculiar tan joven como él hiciera algo así?

—Desde Abe —dijo Hugh, y con la mención de aquel nombre, un silencio reverencial se apoderó de los niños.

—Oí decir que mató a uno simplemente con las manos —continuó Bronwyn.

—Pues yo oí decir que mató a uno con una aguja de tejer e hilo de bramante —afirmó Horace—. De hecho, lo soñé, razón por la cual estoy seguro de que lo hizo.

—La mitad de estas historias no son más que leyendas que se agigantan a cada año que pasa —observó Enoch—. El Abraham Portman que yo conocí jamás hizo nada por ayudarnos.

—Fue un peculiar magnífico —rebatió Bronwyn—. Luchó con valentía y mató montones de huecos por la causa.

—Y luego huyó y nos dejó escondidos en aquella casa como refugiados mientras él correteaba por América haciéndose el héroe.

—No sabes lo que dices —exclamó Emma, sofocada de rabia—. Hubo mucho más que eso.

Enoch se encogió de hombros.

—Da igual, no es ese el tema que nos incumbe en estos momentos —declaró—. Independientemente de lo que pienses de Abe, este niño no es él.

En aquel momento odié a Enoch, pero con todo y con eso comprendía que albergase dudas respecto a mí. ¿Cómo podían los demás, tan seguros y maduros en sus habilidades, depositar tanta fe en la mía, en algo que incluso yo tan solo empezaba a entender y de lo que me sabía capaz desde hacía tan solo unos días? De quién fuera nieto era irrelevante. Yo ni siquiera sabía lo que hacía.

—Tienes razón, yo no soy mi abuelo —asentí—. No soy más que un niño de Florida. Lo más seguro es que matara a ese hueco por pura cuestión de suerte.



—Tonterías —discrepó Emma—. Llegará un día en que serás un aniquilador de huecos tan grande como lo era Abe.

—Esperemos que ese día llegue pronto —comentó Hugh.

—Es tu destino —afirmó Horace, y lo dijo de una manera que me llevó a pensar que sabía alguna cosa que yo desconocía.

—Y aunque no lo fuera —dijo Hugh, dándome una palmada en la espalda—. Eres todo lo que tenemos, compañero.

—De ser eso cierto, que el pájaro nos ayude —se lamentó Enoch.

La cabeza me daba vueltas. El peso de las expectativas amenazaba con aplastarme. Me incorporé, inestable, y me acerqué a la salida de la cueva.

—Necesito un poco de aire —dije, apartando a Enoch de mi camino.

—¡Espera, Jacob! —gritó Emma—. ¡Los globos!

Pero se habían marchado hacía ya un buen rato.

—Deja que se vaya —refunfuñó Enoch—. Con un poco de suerte, se volverá nadando a América.

Caminé hacia la orilla, intentando imaginarme cómo me veían mis nuevos amigos, o cómo querían verme: no como Jacob, el niño que un día se fracturó el tobillo corriendo detrás del camión de los helados, o que a regañadientes y a petición de su padre intentó, y fracasó tres veces, acceder al poco competitivo equipo de atletismo de su colegio, sino como Jacob, inspector de sombras, milagroso intérprete de retorcidas premoniciones, vidente y aniquilador de monstruos de verdad... y de todo lo que pudiera interponerse entre la vida y la muerte de nuestra alegre banda de peculiares.

¿Llegaría algún día a estar a la altura del legado de mi abuelo?

Me encaramé a un montón de piedras que había junto a la ori-



lla y me quedé allí, confiando en que la brisa me secara la ropa, contemplando el mar bajo la luz mortecina, un lienzo de cambiantes grises en fusión cada vez más oscuros. A lo lejos, una luz parpadeaba de vez en cuando. Era el faro de Cairnholm, emitiendo su hola y su último adiós.

Mi mente empezó a divagar. Estaba soñando despierto.

«Veo un hombre. Es de mediana edad, cubierto de tanto barro que parecen excrementos; camina de lado por el afilado borde de un acantilado, su fino cabello mojado y despeinado tapándole casi la cara. El viento azota la delgada chaqueta como si fuese una vela. Se para, se tiende en el suelo y se apoya sobre los codos. Desliza las manos hacia el interior de los hoyos que excavó semanas atrás, cuando exploraba estas calas en busca de gaviotines en fase de apareamiento y nidos de pardelas. Se lleva a los ojos unos prismáticos pero los enfoca hacia abajo, más allá de los nidos, hacia el fino cuarto creciente que dibuja la playa, donde la marea en ascenso recoge y arroja objetos; madera de deriva y algas, astillas de embarcaciones naufragadas y, a veces, cuentan los del lugar, cuerpos.

»El hombre es mi padre. Busca algo que desea desesperadamente no encontrar.

»Busca el cuerpo de su hijo.»

Noté que algo o alguien me tocaba el zapato y abrí los ojos, despertándome de repente de mi estado de ensoñación. Era casi de noche y me encontré sentado en las rocas con las piernas dobladas y las rodillas pegadas al pecho. Era Emma, la brisa alborotándole el pelo, de pie en la arena por debajo de mí.

—¿Cómo estás? —me preguntó.

Era una pregunta cuya respuesta habría exigido una serie de

cálculos a nivel universitario y cerca de una hora de discusión. En aquel momento albergaba un centenar de sentimientos en conflicto, el grueso de los cuales quedaba anulado por el frío, el cansancio y las escasas ganas de hablar. De modo que dije:

—Estoy bien, secándome, simplemente. —Y para demostrarlo, sacudí la parte delantera de mi empapado jersey.

—En eso sí que puedo ayudarte. —Se encaramó al montículo de piedras y se sentó a mi lado—. Trae un brazo.

Se lo ofrecí y Emma lo extendió sobre sus rodillas. Ahuecó entonces las manos, las acercó a su boca e inclinó la cabeza sobre mi muñeca. Entonces cogió aire y empezó a soltarlo, filtrándolo poco a poco entre los dedos. Una increíble y balsámica sensación de calor, que rozaba casi lo doloroso, me recorrió el antebrazo.

—¿Demasiado caliente? —preguntó.

Me puse tenso, tuve un escalofrío y negué con la cabeza.

—Perfecto. —Ascendió por el brazo y volvió a soltar aire. Una nueva pulsación de dulce calor. Entre exhalación y exhalación, dijo—: Confío en que no te hayas molestado por lo que ha dicho Enoch. Todos los demás creemos en ti, Jacob. Enoch es a veces como un pajarito con el corazón arrugado, sobre todo cuando se pone celoso.

—Creo que tiene razón —dije.

—No lo dirás en serio, ¿no?

Y entonces salió todo.

—No tengo ni idea de lo que estoy haciendo —le expliqué—. ¿Cómo vais a depender de mí? Si realmente soy peculiar, creo que lo soy muy poco. Yo solo tengo un cuarto de peculiar, mientras que vosotros sois pura sangre.

—La cosa no funciona así —dijo Emma, riendo.



—Pero mi abuelo era más peculiar que yo. Tenía que serlo. Era muy fuerte...

—No, Jacob —repuso Emma, mirándome con los ojos entrecerrados—. Resulta asombroso. En muchos sentidos eres igual que él. También eres distinto, claro, eres más bondadoso y más dulce, pero las cosas que dices... Hablas como Abe, cuando llegó para quedarse con nosotros.

—¿De verdad?

—Sí. También él estaba confuso. Nunca había coincidido con otro peculiar. No comprendía su poder, ni cómo funcionaba, ni sabía de lo que era capaz. Tampoco lo sabíamos nosotros, a decir verdad. Lo que tú puedes hacer es muy raro. Rarísimo. Pero tu abuelo aprendió.

—¿Cómo? —pregunté—. ¿Dónde?

—En la guerra. Formó parte de una célula secreta del ejército británico integrada en su totalidad por peculiares. Combatían a la vez contra los alemanes y los espíritus huecos. El tipo de cosas que hacían no los llevó a ganar medallas, pero para nosotros eran héroes, y el más grande de todos ellos fue tu abuelo. Los sacrificios que llevaron a cabo sirvieron para mantener a raya a los corruptos durante décadas y salvaron la vida de muchísimos peculiares.

«Y aun así —pensé—, no consiguió salvar la de sus propios padres. Qué extrañamente trágico.»

—Y te digo una cosa —prosiguió Emma—: eres tan peculiar como él... e igual de valiente.

—Ja. Lo dices para que me sienta mejor.

—No —replicó ella, mirándome a los ojos—. No lo digo por eso. Aprenderás, Jacob. Llegará un día en que te convertirás en un aniquilador de huecos más grande incluso que él.

—Sí, es lo que dice todo el mundo. ¿Cómo puedes estar tan segura?

—Porque lo siento muy adentro —respondió—. Porque se supone que tienes que serlo, imagino. Igual que se supone que tenías que venir a Cairnholm.

—Yo no creo en esas cosas. En la predestinación. Las estrellas. El destino.

—Yo no he mencionado el destino.

—Suponer es lo mismo —declaré—. El destino es para los personajes de libros que empuñan espadas mágicas. Una porquería. Yo estoy aquí porque mi abuelo mencionó algo sobre vuestra isla diez segundos antes de morir, eso es todo. Fue una casualidad. Me alegro de que lo hiciera, pero estaba delirando. Igual que dijo aquello, podría haber recitado la lista de la compra.

—Pero no lo hizo —replicó Emma.

Suspiré exasperado.

—Y si vamos en busca de bucles, y dependéis de mí para que os salve de los monstruos y en vez de eso acabo abocándoos a todos a una muerte segura, ¿sería eso también el destino?

Emma frunció el entrecejo y me soltó el brazo.

—Yo no he mencionado la palabra «destino» en ningún momento —insistió—. Pero creo que en las cosas importantes de la vida la casualidad no existe. Todo sucede por algún motivo. Tú estás aquí por algún motivo... que no es precisamente fracasar y morir.

No me sentía con fuerzas para seguir discutiendo.

—De acuerdo —dije—. Creo que no tienes razón... aunque espero que la tengas. —Me sentía mal por haberle hablado antes con brusquedad, pero estaba muerto de frío, asustado y a la defensiva.



Tenía ratos buenos y ratos malos, pensamientos aterradores y otros que me daban confianza... aunque la relación proporcional entre terror y confianza era ahora de lo más deprimente, como de tres a uno, y en los momentos de terror como aquel tenía la sensación de estar siendo forzado a adoptar un papel que no había pedido desempeñar en ningún caso; el papel de voluntario en el frente de una guerra de la que ninguno de nosotros conocía su envergadura. La palabra «destino» poseía connotaciones de obligación, y si tenía que verme abocado a una batalla contra una legión de criaturas de pesadilla, sería porque yo así lo decidía.

Aunque, en cierto sentido, la decisión ya estaba tomada. La tomé cuando accedí a zarpar rumbo a lo desconocido en compañía de aquellos niños peculiares. Y si me ponía a rebuscar en serio en los rincones más polvorientos de mi ser, descubriría que no era cierto que no hubiese pedido que todo esto sucediera. En realidad, soñaba desde muy pequeño con aquel tipo de aventuras. Por aquel entonces creía en el destino, y creía en él rotundamente, con todas y cada una de las fibras de mi corazoncito infantil. Cuando escuchaba las historias extraordinarias de mi abuelo sentía cierta pica-zón en el pecho. «Un día ese seré yo.» Lo que ahora me parecía una obligación era entonces una promesa, la de que llegaría el día en que huiría de mi pequeña ciudad para vivir una vida extraordinaria, como había acabado haciendo; y que un día, igual que el abuelo Portman, haría algo importante.

Mi abuelo solía decirme:

—Serás un gran hombre, Yakob. Un hombre muy grande.

—¿Como tú? —le preguntaba yo.

—Mejor —me respondía él.

Le había creído entonces, y quería seguir creyéndolo. Pero cuan-



tas más cosas descubría sobre él, más grande se volvía su sombra y más imposible me parecía llegar a ser tan importante como él lo había sido. Pensaba incluso que tal vez fuera suicida intentarlo. Y cuando me imaginaba intentándolo, me asaltaban pensamientos relacionados con mi padre —mi pobre padre, que en muy poco tiempo se sentiría devastado—, y antes de conseguir alejarlos de mi cabeza, me preguntaba cómo se podía llegar a ser un gran hombre haciéndole algo tan terrible a un ser querido.

Empecé a temblar.

—Tienes frío —dijo Emma—. Déjame acabar lo que he empezado. —Me cogió el otro brazo y me lo besó con su aliento en toda su longitud. Aquello era casi más de lo que podía soportar. Cuando alcanzó el hombro, en vez de devolver el brazo a mi falda, lo hizo pasar por detrás de su cuello. Levanté entonces el otro brazo para enlazarlo y ella me abrazó también. Nuestras frentes se unieron.

En voz baja, dijo entonces Emma:

—Espero que no te arrepientas de la decisión que has tomado. Me alegro de que estés con nosotros. No sé qué haría si te marcharas. Temo que nunca más volvería a sentirme bien.

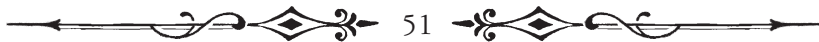
Pensé en un regreso. Por un instante me esforcé por representarlo mentalmente, cómo sería si cogiera uno de los botes, remara de nuevo hacia la isla y volviera a casa.

Pero no pude hacerlo. No logré imaginármelo.

—¿Y cómo podría hacerlo? —susurré.

—Cuando Miss Peregrine vuelva a adoptar forma humana, podrá mandarte de vuelta a casa. Si así lo quieres.

Mi pregunta no se refería a cuestiones logísticas. Lo que había querido decir era muy simple: «¿Cómo podría abandonarte?». Pero eran palabras impronunciables, que no conseguían salir de mi



boca. De modo que las retuve solo para mí y lo que hice, en cambio, fue besarla.

Esta vez fue Emma la que se quedó sin respiración. Acercó las manos a mis mejillas, pero se detuvo justo antes de establecer contacto. Irradiaba oleadas de calor.

—Tócame —la insté.

—No quiero tocarte —replicó ella, pero la repentina lluvia de chispas que acababa de explotar en mi pecho me decía con insistencia: «No me importa», de modo que le cogí la mano y la deslicé por mi mejilla. Nos quedamos ambos boquiabiertos. Estaba caliente, pero no me aparté. No me atreví a hacerlo por miedo a que dejara de tocarme. Y entonces nuestras bocas se unieron de nuevo y volvimos a besarnos, su extraordinario calor irradiándome por entero.

Se me cerraron los ojos. El mundo desapareció.

Si la bruma nocturna me había enfriado el cuerpo, no lo notaba. Si el mar rugía en mis oídos, no lo oía. Si la roca en la que estaba sentado era dura e irregular, no lo percibía. Cualquier cosa que no fuéramos nosotros dos resultaba una distracción.

«El faro —pensé—. El faro está cayendo al mar.» Pero el faro no era más que un puntito en la lejanía, no un destello luminoso como el sol, y su luz viajaba en una única dirección, no de un lado a otro, buscando.

No era el faro, ni mucho menos. Era un reflector, y su luz procedía del agua, cerca de la orilla.

Era el reflector de un submarino.

Se produjo un breve segundo de terror durante el cual cerebro y piernas permanecieron desconectados. Mis ojos y mis oídos cap-

taban el submarino no muy lejos de la costa: una bestia de metal emergiendo del mar, el agua resbalando por sus laterales, hombres irrumpiendo en la cubierta a través de escotillas abiertas, gritando, apuntando cañones de luz hacia nosotros. Y entonces, el estímulo llegó a mis piernas y caímos al suelo, nos empujamos rocas abajo y corrimos como demonios.

El foco proyectaba sombras cilíndricas sobre la playa, de tres metros de altura y monstruosas. Las balas taladraban la arena y silbaban en el aire.

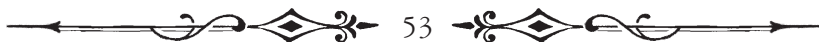
Una voz retumbó entonces por un altavoz:

—¡DETENEOS! ¡NO HUYÁIS!

Entramos rápidamente en la cueva —«¡Vienen, están aquí, levantaos, levantaos!»—, pero los niños habían oído ya el barullo y estaban en pie, todos menos Bronwyn, que se había agotado de tal manera remando que se quedó dormida junto a la pared de la cueva y no había forma de despertarla. La sacudimos y le gritamos, pero ella se limitó a gimotear y a apartarnos de un manotazo. Al final tuvimos que levantarla cogiéndola por la cintura, que fue como cargar con una torre construida en ladrillo, pero en cuanto sus pies rozaron el suelo, abrió de repente unos enrojecidos ojos y se sostuvo por su propio peso.

Recogimos nuestras pertenencias, agradecidos ahora de que fueran tan pequeñas y escasas. Emma cogió en brazos a Miss Peregrine. Salimos en estampida. Mientras corríamos hacia las dunas, vi detrás de nosotros una banda de siluetas humanas recorriendo los últimos metros hasta la orilla. En las manos, levantadas por encima de la cabeza para evitar que se mojaran, llevaban armas.

Corrimos hacia un grupo de árboles azotados por el viento y nos adentramos en el inhóspito bosque. La oscuridad nos engulló



al instante. La poca luna que no escondían las nubes quedaba ahora oculta por los árboles, cuyas ramas filtraban la pálida luz hasta dejarla en nada. No había tiempo para que los ojos se adaptasen a la negrura, ni para poder palpar con cuidado el entorno, solo para correr con los brazos extendidos como una jadeante y torpe manada, regateando troncos que parecían personificarse de repente a escasos centímetros de nosotros.

Con la respiración entrecortada, pasados unos minutos nos detuvimos para escuchar. Las voces seguían persiguiéndonos, con la diferencia de que ahora se les había sumado otro sonido: ladridos de perros.

Seguimos corriendo.